

Walpurgis

Érase una vez, una familia de bastante prestigio, vivían en un gran y próspero Reino y eran reconocidos por las personas como una familia de grandes héroes, ya que ellos solían prestar sus talentos para ayudar a la gente que lo necesitara. La señora de la casa esperaba un bebé, y su padre y sus hermanos mayores esperaban con ansias su llegada, no importará el género ni la apariencia, ya que tenían la esperanza de que el o ella lograría realizar grandes actos. Cuando llegó la hora, todos estaban absolutamente emocionados, sin embargo, se llevaron una terrible decepción, ya que no esperaban la noticia de que, sin explicación alguna, la bebé que nació era una bruja.

El reino entero estaba sumamente aterrorizado por el nacimiento de esta niña bruja, así que para referirse a ella la nombraron Walpurgis, y a partir de ahí su familia y todos los demás simplemente le dieron la espalda desde su primer día de vida. Walpurgis era una niña de buen corazón, y las cosas que creaba con su magia eran las cosas más inocentes y bellas que existieran, pero la gente era ciega ante el temor, el miedo, los prejuicios y los venenosos rumores que existían alrededor de la pequeña. La familia de Walpurgis estaba decepcionada, ya que no consideraban que tuviera absolutamente nada bueno en su ser, y que era simplemente una aberración.

Al cumplir 7 años, su madre la llevó a lo más profundo del bosque más lejano, y la abandonó. Walpurgis lloró y lloró, pero nadie se atrevió a ir por aquella inocente niña, así que, desde aquel duro momento, Walpurgis se vio obligada a madurar y empezar a valerse por si misma. Ella trataba de ser amable con las personas que vivían cerca del bosque, pero seguía sin ser amada ni comprendida, la gente la criticaba, la insultaba, y una que otra vez la perseguían, pero Walpurgis nunca guardó rencor, y trataba de encajar en aquel mundo tan injusto.

Pasaron los años pero nada cambió, ni una sola alma se atrevió a compadecerse por aquella joven, nadie trató de entenderla ni quererla, ni siquiera se atrevían a tratar con algo de dignidad a Walpurgis, pero ella,

lamentablemente, ya se había acostumbrado a tantas injusticias, y, a pesar de eso, trataba de ayudar con su magnífica magia.

Con el paso de los años, llegaron tiempos oscuros a aquel Reino, las tensiones con otros Reinos estallaron e inevitablemente llegó la guerra, la gente moría día a día y se perdían seres queridos, e incluso la heroica familia de Walpurgis no obtuvo grandes logros en batalla, lo que provocó que las consecuencias se extendieran más rápido que cualquier gran incendio.

Walpurgis no pudo quedarse quieta, y quizá siendo demasiado altruista viajó hasta la capital, que era donde se encontraba lo que para ella, era su familia.

Cuando llegó, la ciudad estaba en ruinas y cenizas, por lo que, por primera vez en su vida, decidió usar su magia para herir, y combatir para proteger lo que conocía. Ese fatídico día, Walpurgis acabó con las tropas enemigas que sitiaban el lugar. Ella se encontraba cubierta de sangre y polvo, y estaba tan exhausta que se movía con dificultad, pero sentía la satisfacción de proteger a su gente. Pero al mirar a su alrededor no esperaba que su misma gente la mirara con pánico, las piernas de todos temblaban y en sus ojos se podían ver el temor más puro, en ese momento, todos la consideraban como la bestia más peligrosa del mundo, y que su magia era demasiado peligrosa para ellos.

Walpurgis se dio cuenta en ese instante, que no importaba cuánto hiciera, cuánto luchará o cuánto rogara, ella jamás sería aceptada por ellos, nada cambiaría, y la tratarían peor que a cualquier criatura. Recordó todos los años de injusticias, maltratos y maldiciones, y eso la motivó a dejar aquel Reino que la despreció, pero, antes de irse, lanzó el peor maleficio que conocía y maldijo a todo aquel que la menospreció para que ellos recibieran el karma de los malévolos actos que cometieron en contra de ella. Así, el Reino se derrumbó como el castillo de arena más frágil, y su destrucción fue la guerra y su propia ignorancia. Los remanentes que sobrevivieron a ella, al no encontrar un culpable, descargaron su ira contra la familia de Walpurgis, causando la destrucción de ésta.

Walpurgis no volvió a aquellas tierras en su vida, no tuvo que despedirse de nadie ni nada que empacar. Ella tenía la ligera esperanza de que, en algún lugar remoto, encontraría un sitio donde ella fuera amada; pero el destino parecía

odiarla. Ella viajó por miles de ríos, cientos de montañas, y por todos los mares del mundo, visitó tantas tierras desconocidas y a las más remotas culturas, pero todo lo que encontraba era una triste frialdad y desprecio por parte del mundo, ella no hacía nada malo, ella solo trataba de mostrar la belleza que traía la magia, y de enseñar que la magia existía para crear felicidad, pero, todos temían a lo diferente y a lo desconocido, obedeciendo sus más antiguos y perdidos instintos.

Walpurgis con el paso del tiempo y la frialdad del mundo, fue endureciendo su cálido e inocente corazón, hasta tornarse en el más frío y duro corazón que podría existir. Nunca encontró ni un ápice de calor humano, nadie la trató como una hermana, una hija, una amiga, todo mundo habló crueldades sobre ella, y solo recibió la peor parte del ser humano.

Esto provocó que Walpurgis se aislara con el tiempo. Al envejecer, ella tenía un cabello similar al plata cristalino, estaba tan lejos del mundo que solo así encontró la paz en el silencio y la soledad, ya que había comprendido en algún momento que ellas serían sus únicas amigas, y que jamás la dejarían. En su último día de vida, Walpurgis lloró como jamás lo había hecho, y lo único que pudo hacer fue lamentarse por jamás haber obtenido lo que tanto deseaba, amor.

Ella sabía que nunca fue culpa suya, solo era que este mundo jamás estuvo preparado para lo diferente, y que el mundo siempre rechazaría lo que no se asemeje a él. Walpurgis miró hacia el cielo monótono que tenía enfrente y deseó con todas sus fuerzas el no reencarnar, ya que tenía miedo de volver a tener una vida tan dolorosa y vacía, y, con lágrimas en sus ojos, su triste y deshecha alma abandonó su maltratado y adolorido cuerpo, y se elevó por los cielos para buscar la paz en ellos.

Le Sang et le Miel